

LIBRO TRECE.

Los Borbones dejan la Inglaterra. — Indiferencia de la Francia y de los aliados para con los Borbones en enero de 1814. — El conde de Artois entra en Francia. — Su situación entre los aliados. — Desembarco del duque de Angulema en España. — Sus proclamas. — Orden del mariscal Soult. — Actitud de Wellington. — Conspiración realista en Burdeos. — Entrada del duque de Angulema en París. — Discusiones entre el Senado y el abate de Montesquion, comisario de Luis XVIII. — Reconocimiento de Luis XVIII como rey de Francia por el Senado, el 6 de abril de 1814. — Salida del conde de Artois de Nancy. — Su entrada en París. — El Senado le reconoce como lugarteniente del reino. — Recibimiento del Senado y Cuerpo legislativo por el conde de Artois. — Nombra un consejo de Gobierno. — Mr. de Vintrolles. — Convenio del 23 de abril. — Diputación del conde de Brujas y de Pozzo di Borgo á Luis XVIII. — Partida de Luis XVIII de Hartwell el 18 de abril. — Su entrada en Londres. — Su llegada á Douvres. — Su discurso al príncipe regente. — Marcha á Francia. — Desembarco en Calais. — Pasa por Bolonia, Montreuil, Abbeville y Amiens. — Hace alto en Compiègne. — Diputación de los mariscales de Napoleon. — Discurso de Berthier. — Diputación del Cuerpo legislativo. — Conferencia de Luis XVIII y de Alejandro. — El emperador de Austria y el rey de Prusia marchan á Compiègne. — Banquete de los soberanos

I.

Tal era la familia de los Borbones, con sus ancianos hombres de edad madura, sus príncipes jóvenes, sus presentes y sus ausentes, sus víctimas y sus recuerdos, que formaban parte de su nombre en el pensamiento, en la memoria de la Europa, en el momento en que Napoleon dejaba á Fontainebleau.

Los síntomas de su decadencia, y las esperanzas de su ruina no habían dejado á los miembros de aquella familia indiferentes, ni inactivos, durante la campaña de París. La política de Luis XVIII en Hartwell se había preparado á disputar y recoger la herencia del trono que el Imperio iba á dejar vacante. Aquel príncipe ilustrado, sufrido y codicioso de antemano del reinado que se aproximaba á él, no quería que su dinastía intentase en el continente aventuras desproporcionadas á sus fuerzas. Sabía que la suya consistía en su nombre, en el principio hereditario del poder, á que la Europa victoriosa tendría que recurrir para fundar alguna cosa análoga á ella misma en Francia. Se presentaba como un dogma, no como un pretendiente. La palabra legitimidad, que tan bien espresaba aquel principio y aquel dogma, había sido adoptada y popularizada por Mr. de Talleyrand, pero la había inventado Luis XVIII en Hartwell. La impaciencia del conde de Artois y de su pequeña y caballeresca corte, no se avenía á aquella lentitud. Aquel príncipe y sus amigos ardían en deseos de lanzarse en medio de los acontecimientos y de los aliados en Francia, para aprovechar las circunstancias, para volver á formar en lo interior, si era posible, un ejército de príncipes, para estrechar á los gabinetes de los soberanos coaligados en sentido de sus intereses, para disuadirlos de la paz con Napoleon, y sobre todo para substituirse por cualquiera demostración de opinión realista á la regencia de María Luisa, á la proclamación de un segundo imperio en la persona de Napoleon II, ó á las empresas republicanas del Senado, que despues de haber vendido su ambición al despotismo, podía tratar de perpetuarla vendiéndola á la República.

II.

Luis XVIII, que tenia igualmente la lijereza y el ardor de reinado ó de importancia de su hermano, habia contenido, en cuanto le fué posible, con decoro, la impaciencia de pasar al continente, que devoraba el alma del conde de Artois. Aquel pensamiento era muy prudente. Los Borbones, para ser fuertes y populares en Francia, en el caso de una restauracion, necesitaban ser llamados por la nacion, como unos salvadores despues de la conquista, no el ser presentados, patrocinados ó impuestos por mano de los conquistadores. Eso seria una mancha que se estenderia sobre todos sus reinados y que falsearia su posicion. Confundidos por la nacion con sus reveses y con los ejércitos extranjeros, pareciera, aunque injustamente, que aquellos príncipes tenian parte en sus dolores y en sus humillaciones. Pero pensamientos tan sábios y previsores no entraban en los cálculos precipitados y superficiales, del conde de Artois. La política de aquellos dos hermanos era ya tan opuesta en la tierra del destierro, como debia serlo en el suelo de la patria. Se querian pero no se asemejaban: Luis XVIII le parecia al conde de Artois un pedagogo sedentario y pedantesco, mal desimpresionado de las doctrinas filosóficas y revolucionarias de 1789, una especie de jacobino coronado. El conde de Artois á los ojos de Luis XVIII, era siempre un héroe teatral de Coblenza, un corazon bondadoso, un talento fútil, un político preocupado, un hermano comprometedor y peligroso, una edad madura sin madurez y una juventud y aturdimiento con canas. Pero la causa y las esperanzas comunes los unian y los obligaban á apaentarse que convenian en sus designios. Luis XVIII no podia, pues, ejercer sobre su hermano mas influencia que la del título, de la edad y de los consejos,

sin compelerle con una autoridad que hubiera ofendido y dividido á la familia ante los realistas emigrados y ante la Europa.

Entre los príncipes jóvenes, uno, el duque de Berry, parecia seguir la política acelerada y emprendedora del conde de Artois: el otro, el duque de Angulema, de espíritu modesto, reflexivo y subordinado, era obediente á las inspiraciones de su tío Luis XVIII. La duquesa de Angulema igualmente venerada de las dos córtes de Hartwell y de Lóndres, víctima de la revolucion, no tenia mas política que sus lágrimas y sus resentimientos contra los perseguidores de su padre. Todo lo que databa de la época de su suplicio la parecia demencia ó crimen. No se la podia acusar de unas preocupaciones, que estaban, por decirlo así, santificadas en ella por la piedad filial y por la sangre de la familia. Pero aquella princesa poseia mas que ningun individuo de su familia esa virilidad de corazon y esa intrepidez que habia recibido de las venas de María Teresa. Se esforzaba en comunicar el heroismo á su marido.

III.

Luis XVIII cedió mas bien que consintió con conviccion, á las instancias del conde de Artois, y sus sobrinos para dejar la Inglaterra, y para aventurarse en el continente en el cúmulo de acontecimientos que la coalicion iba á producir en la Francia. El gobierno británico cedió pasaje á aquellos príncipes á 14 de enero de 1814 en buques de guerra. Partieron con la vaga esperanza de volver á encontrar un trono, entre los restos que la política y la guerra iban á esparcir por su país. Entonces no eran llamados por ningun partido. La Vendée dormia, el Mediodía esperaba, la opinion estaba en expectativa,

el centro se armaba y el ejército se batía. París, dominado por la corte imperial, por los funcionarios, por la policía y por la guardia nacional, pueblo armado indiferente á las cuestiones del trono, adicto al patriotismo y al orden, no ofrecía ninguna probabilidad, de hacer demostraciones en favor de la dinastía olvidada. Únicamente se comenzaba á murmurar, acá y allá, el nombre de aquella raza desterrada que en otro tiempo habia gobernado el país y que aparecía en la lontananza de los sucesos que amenazaban, como una resurrección, ó como la última posibilidad de la Providencia. Apenas algunos corresponsales tímidos de Luis XVIII le daban de cuando en cuando noticias generales sobre el estado de los ánimos. En algunos salones de París y algunos palacios, se lisonjaban misteriosamente con la restauración de la dinastía de sus corazones. Urdíanse algunas tramas realistas con mas ilusión que realidad: eran mas bien intrigas que conspiraciones, sueños mas bien que empresas, explotados por la importancia y por la vanidad de algunos aventureros de opinion. He aquí á la Francia en 1814. Los ejércitos extranjeros no ofrecían tampoco mas garantías á los proyectos de los tres príncipes de la casa de Borbon: iban á jugar un albur.

IV.

El conde de Artois y sus dos hijos se repartieron el continente y las diferentes fronteras de la Francia. El conde de Artois resolvió lanzarse en medio de los ejércitos ruso, austriaco y prusiano, que amagaban el Norte y el Este de la Francia. Envió á su hijo primogénito el duque de Angulema, á España para que acompañase al ejército anglo-español y avanzaba al Mediodía y al Oeste. El duque de Berry, su segundo hijo y el mas temerario

en sus resoluciones, se dirigió á la isla inglesa de Jersey, para pasar á una barca, y abordar á Normandía, en donde, segun las noticias pueriles y falaces de los agentes realistas de Hartwell, encontraria á su desembarco un ejército de cincuenta mil hombres ya regimentados, en cuyas filas ondeaba la bandera blanca. La tierra extranjera hace siempre crédulos á los pretendientes, porque la esperanza de volver á ver la patria, forma siempre la mitad de las ilusiones que sus interesados agentes les hacen concebir.

V.

El conde de Artois desembarcó en Holanda con una pequeña corte que se fué aumetando en el camino, y se componía de Mrs. Trogoff, de Wals, de Escars, de Polignac, de Bruges y su consejero mas asiduo el abate Latil: remontó el Rhin por la orilla alemana, y penetró en Francia por la Suiza. En ninguna parte se anticipó á la invasión austriaca: los generales de aquel ejército ni le opusieron obstáculo ni le axiliaron: le dejaron entrar en las poblaciones que ocupaba, desapercibido como un simple emigrado. Intimidado el pueblo con la invasión extranjera, no hizo demostración alguna á su paso. Algunos nobles en corto número y con estremada circunspección, fueron acudiendo uno á uno desde las ciudades y provincias inmediatas á presentarle su fidelidad y á ofrecerle planes de poblaciones imaginarias indiferentes hasta allí á su nombre. Despues de una corta permanencia en Pontarlier se trasladó á Vesour. El recuerdo de las dudosas intrigas en Fauche-Borel y Pichegrú, le hacían creer que los departamentos del Franco-Condado se levantarían á su aproximación con el doble fanatismo del catolicismo español y del realismo emigrado. El príncipe se desengañó tristemente desde los primeros pasos: veían-

le pasar con la mayor indiferencia. Los comandantes austriacos le disputaron las puertas de Vesour: solo le permitieron entrar como simple viajero, y se le prohibió tomar ningun título que pudiese prejuzgar la cuestion del trono en Francia. Algunas visitas que recibió en una fonda de la ciudad, fueron la única acogida de la poblacion. El congreso de Chatillon, que negociaba todavía con los plenipotenciarios, de Napoleon, enfriaba los ánimos y hacia que reinase la soledad en derredor de un principe, que podía ser monarca hoy y proscripto mañana.

VI.

Esperó mas de los ejércitos rusos que ocupaban la Lorena, y les pidió proteccion franca y apoyo para su causa. Los generales rusos eludieron con dureza su pretension: pero concluyeron por autorizarle para que fuese á Nancy, pero solo, sin escarapela, sin condecoraciones y sin mas título político, con condicion de que no se habia de alojar en ningun edificio público. El conde de Artois así desnacionalizado marchó á Nancy. Allí recibió hospitalidad en casa de un simple ciudadano, estableció un pequeño centro de negociaciones secretas con los generales de las potencias, y de maniobras mas tenebrosas con los ambiciosos descontentos de la sociedad de Mr. de Talleyrand, y con algunos realistas de Paris. El baron de Vitrolles fué el agente mas activo, el mas persuasivo é intrépido de aquella corte errante. Penetró hasta el emperador Alejandro; infundió en el ánimo de aquel principe la fé de una inmensa causa realista, que no existia mas que en sus deseos. Minó en su alma y en la de sus ministros la idea de la omnipotencia de Napoleon en el corazon de los franceses; corrió desde Paris á Nancy, desde Nancy á Saint-Dizier, desde el conde de Artois á

Mr. de Talleyrand, de Mr. de Talleyrand á Foucher, de este á los realistas, de los realistas á los republicanos, insinuando á estos una mision, arrancando á aquellos una palabra, interpretando aqui el silencio, el language, arriesgando su libertad por los caminos entre los dos ejércitos, y primero importuno, bien pronto útil, á la vez necesario á todos, llegó á reunir casi en sí solo los hilos de una triple negociacion realista, de que habia tomado la iniciativa con su activa y temeraria resolucion.

VII.

El conde de Artois desanimado, y próximo á ser envuelto en Nancy por el ejército francés, temiendo la suerte del duque de Enghien, se preparaba á salir otra vez de la Lorena cuando Mr. de Vitrolles fué á suplicarle que no violentase la fortuna y se mantuviese en la linea de los acontecimientos, aun á costa de algunos riesgos y humillaciones. Comunicó al principe la resolucion atrevida y decisiva, que los consejos de Pozzo di Borgo y los suyos habian hecho tomar al emperador y á Blucher de marchar á todo evento y directamente sobre Paris. El principe no debia esperarlo todo de una capitulacion de Paris, arrancada en ausencia del emperador, del embarazo de los soberanos en proclamar un gobierno para la Francia, del celo de sus amigos, de la habil connivencia de Mr. de Talleyrand, de la complicidad de Foucher, del cansancio del pais, de la impaciencia de venganza del partido republicano, pronto á transigir con uua constitucion liberal, y en fin de la movilidad de la Francia.

VIII.

El conde de Artois permaneció y se fué aproximando paso á paso á la capital á medida que los estrangeros le abrian el camino. Mr. de Vitrolles, detenido un momento por los franceses, y fugado despues, volvió á París y no cesó de tener á su nuevo amo al corriente de las sor-das maniobras que urdia por su causa, con los allegados de Mr. de Talleyrand, con los republicanos y con los realistas de la alta aristocracia del arrabal de San Ger-man. Mr. de Vitrolles tuvo arte para hacer creer al ejér-cito de los aliados que era el representante de una fuer-za interior irresistible, y á los diferentes partidos de la capital, que tenia la palabra de las potencias en favor de los Borbones. Fué el emprendedor múltiple de tres ó cua-tro conspiraciones que fraguó él solo. El las concibió, él las anudó y las combinó; y despues de haber persuadido á todos que existian, las dejó abandonadas á los aconte-cimientos que no podian menos de favorecerlas. Fué la conspiracion de Malet con los ejércitos de la Europa des-tras de ella, para dar realidad á los sueños de tres hom-bres que del seno de una prision habian sepultado al imperio y supuesto un gobierno.

IX.

El duque de Angulema se encontraba poco mas ó me-nos en la misma perplejidad en la frontera de España. Habia desembarcado en San Juan de Luz con algunos ayudantes de campo, y seguia el flujo y reflujo del ejér-cito inglés sin que lord Wellington le diese fuerza ni le alentase. Desde el cuartel general de aquel ejército, el

jóven príncipe lanzaba proclamas á los Pirineos y al li-toral del Océano. «He llegado, decia, estoy en Francia, vengo á romper vuestras cadenas y á desplegar la ban-dera blanca. Unámonos, franceses, y marchemos juntos á derrocar la tiranía. ¡Mi esperanza no quedará defrauda-da: soy hijo de vuestros reyes, y vosotros sois france-ses!...»

El mariscal Soult, que mandaba el ejército francés opuesto al de Wellington, contestaba á aquellos medios de enganche con alocuciones á sus tropas, que rechaza-ban con desdeñosa indignacion aquellas provocaciones á la defeccion del ejército.

«¡Soldados... les decia, el teniente todavía fiel de Napoleon, el general que manda el ejército contra el cual nos batimos diariamente, tiene la imprudencia de provocaros á la sedicion! ¡Habla de paz y os llama á la guerra civil!... ¡Tiene la infamia de escitaros á que ha-gais traicion á vuestros juramentos al emperador! ¡Esta ofensa solo puede vengarse con sangre! ¡A las armas!... ¡Condenemos al oprobio y á la execracion pública á todo francés que favorezca los insidiosos proyectos de nues-tros enemigos! ¡Combatamos hasta el último enemigo de nuestro augusto emperador y de nuestra patria!... ¡Odio á los traidores!... ¡Guerra á muerte á los que intenten dividirnos!... ¡Contemplemos los prodigiosos esfuerzos de nuestro grande emperador y sus señaladas victorias, y muramos con las armas en la mano, antes que sobrevi-vir á nuestro deshonor!»

X.

Aquellas quejas de Soult contra Wellington eran in-justas. El general inglés permanecia inflexible á las exi-gencias de los amigos del duque de Angulema, y se ne-gaba con prudente y severa lealtad á reanimar la causa

de los Borbones, por temor de tener que abandonarla despues de haberla comprometido. La correspondencia secreta de aquel general con su gobierno, con los conjurados de Burdeos y con el mismo duque de Angulema, revelada despues, manifiesta una probidad de carácter, y una reserva de promesas que honran su mando. Wellington era en la frontera del Mediodía, el general de gobierno inglés. Este gobierno era el que menos comediamento tenia que guardar con el emperador. La insurreccion de los Pirineos, de Burdeos y de Tolosa, podia servir eficazmente á sus planes militares. La bandera blanca enarbolada en las provincias, bajo la confianza de que la Inglaterra apoyaria aquella causa, podia quitar departamentos enteros y aun cuerpos de ejércitos al mariscal Soult. Wellington no quiso comprar aquellas ventajas á precio de mentiras, ni aun de reticencias acerca de sus verdaderas intenciones. No queria esponer á los realistas á provocaciones de insurreccion, que despues los entregarian á la venganza de Bonaparte. No cesó de escribir á su gobierno, disuadiéndole de aquellas incitaciones al realismo. «Veinte años han trascurrido, decia al primer ministro, desde que los Borbones han abandonado la Francia. Estos príncipes son mas desconocidos en ella, que los de cualquiera otra casa real de Europa. Indudablemente es necesario para la paz del mundo, el que la Europa espulse á Bonaparte, pero importa muy poco que sea reemplazado por un príncipe de la casa de Borbon, ó por cualquiera otro de una casa coronada.» No escribia con menos franqueza y severidad al duque de Angulema, prohibiéndole toda palabra que pudiera presentarle á las poblaciones francesas como apoyado por él.

XI.

Durante cinco meses enteros, el duque de Wellington permaneció obstinado en la misma frialdad, y el du-

que de Angulema, en los puestos avanzados con el mismo desaliento. El ejército inglés calculaba sus pasos hacia Burdeos, por los progresos que las armas de Alejandro y de Blucher hacian en el Norte. El genio infalible de Wellington, fué siempre y por todas partes la prudencia. Avanzar poco, no retroceder jamás, morir en la posicion tomada, y no dejar á la fortuna mas que sus azares, es la grandeza de ese Anibal inglés. Burdeos le llamaba en vano: no le escuchaba.

Aquella gran ciudad estaba impaciente por sacudir el yugo de Napoleon: Burdeos era simultáneamente la ciudad de los girondinos y de los vendeanos. Revolucionaria liberal, intelectual como los amigos de Vergniaud; real, entusiasta, temeraria como Charette y La Rochejacquelein, era el nudo del Oeste y del Mediodía. Burdeos era ademas una ciudad comerciante, la mayor escala de las colonias francesas, y el puerto de la marina mercante, estancada entonces en sus aguas; esportaba para Lóndres y la Bélgica los vinos de la Gironda, é iba á buscar á Santo Domingo los ricos cargamentos de azúcar y café. Por todos estos títulos, Burdeos era la ciudad de oposicion al gobierno de Bonaparte. Aquel gobierno de guerra y de despotismo, habia muerto el pensamiento, acriminado la elocuencia, mutilado la libertad, vendido la Luisiana, despreciado ó perdido las colonias, cerrado los mares, aniquilado el comercio marítimo, y reducido á Burdeos á la penuria y la humillacion. Todas las clases de la poblacion, marinos, comerciantes, abogados, agricultores; todas las opiniones, revolucionarias ó realistas, profesaban allí el mismo odio á la férrea dominacion de Napoleon. Burdeos aspiraba á la caida de su despotismo como á su propia resurreccion. Ninguna ciudad podia escogerse mejor para centro de una conjuracion sorda, y para foco de una esplosion decisiva contra un imperio que pesaba sobre las afecciones en la Vendée, sobre las opiniones en la Gironda, y sobre lo

intereses del litoral de toda aquella costa bloqueada del Océano.

XII.

Aquella conjuración se había organizado desde los desastres de la Rusia, entre un corto número de habitantes de Burdeos de todas clases, y algunos nobles vendeanos. Aquellos conspiradores á cara descubierta, no necesitaban confiar sus secretas miras á la multitud. Estaban seguros de que les seguiria por sí misma el día que conviniese que estallase. Los corazones de la generalidad, conspiraban casi unánimemente. La guerra nacional no tenia mas que mudar su bandera, para ser el ejército de una sublevación. Las autoridades municipales de la ciudad y Mr. Linch, maire de Burdeos, se entendian con Mr. de la Rochejacquelein, hermano del héroe de la Vendée, y con los emisarios del duque de Angulema. ¡Cosa estraña!... el mismo general inglés era el que comprimia la esplosión de Burdeos; el comité realista de aquella ciudad, le había enviado muchas diputaciones, solicitando que avanzase con confianza y ocupase la ciudad. Se negó á ello. Lord Beresford, general de su vanguardia, recibió por fin orden de aproximarse á la ciudad, pero al mismo tiempo, lord Wellington le encargó severamente que se abstuviese de toda escitación á la insurrección contra el gobierno imperial, y de todo compromiso con la causa aventurada de los Borbones. Lord Beresford, mas seducido que su general por las instancias del duque de Angulema, y por el entusiasmo de Burdeos, se aproximó con quince mil hombres á la ciudad, y toleró la presencia del duque de Angulema en su cuartel general. Al acercarse, estalló la conspiración. El comisario de Luis XVIII, Mr. de Saint-Germain, se dirigió, acompañado de toda la juventud realista del país,

á la casa de ayuntamiento, confirmó al maire, Mr. Linch, y al consejo municipal en sus funciones, que llegaban á ser soberanas, por ausencia de las autoridades imperiales que habían huido. Recibió sus juramentos al rey.

Al día siguiente, 12 de marzo, siguiendo á sus magistrados, fué á presentarse al duque de Angulema, que avanzaba con el ejército inglés. Las autoridades, al verle, arrancaron los signos del Imperio, que hasta entonces habían llevado, las arrojaron al suelo, y enarbolaron la bandera blanca. «Tened cuidado, les dijo Beresford, os perdeis tal vez repudiando á Napoleon. Todavía se negocia con él en el congreso de Chatillon. Pero vosotros sois los amos; vuestras resoluciones no me incumben: tomo posesion de vuestra ciudad en nombre de las potencias beligerantes.»

XIII.

El duque de Angulema marchaba aislado; á cierta distancia de las columnas inglesas, rodeado de la juventud de Burdeos y de la Vendée. Aquel acompañamiento, entusiasmo á la población con los gritos de *viva el rey!* El duque respondia á las aclamaciones del pueblo, con las promesas que mas halagaban al país: «¡Nada de guerra! Nada de conscripción! Nada de impuestos sobre los vinos!» La bandera blanca enarbolada repentinamente en todos los edificios públicos, y que ondeaba en los balcones de todas las casas, saludó el regreso de la dinastía desterrada. Mr. Lainé, á quien su valor y la cólera de Bonaparte, habían grangeado el aprecio y la popularidad de la Gironda, hombre que agradaba á los republicanos por sus opiniones, á los realistas por su ódio á la tiranía, y á todos por su elocuencia y su virtud, fué investido de la autoridad soberana en nombre de la revolución con-

sumada. Aquel golpe conmovió al Mediodía y rechazó en el interior del imperio.

XIV.

Pero no alteró á lord Wellington. En vano provocaron á este general Mr. Linch, el duque de Angulema y los realistas de las dos previncias, se negó á tomar bajo su responsabilidad los movimientos revolucionarios, que le suplicaban sostuviese enviando algunas tropas á las provincias sublevadas. Reprendió á lord Beresford lo complaciente que habia sido con la causa realista. Rechazó con inflexibilidad las pretensiones del duque de Angulema: «Contra mi opinion y mi modo de ver, contestó aquel príncipe despues del 12 de marzo, estas personas de la ciudad de Burdeos han creído conveniente proclamar rey á Luis XVIII. Esas personas no se han tomado ningun trabajo, no han suministrado un óbolo, ni levantado un solo soldado para sostener su causa, y ahora, porque se ven en peligro, me acusan de no ayudarlas con mis tropas... no sé si traspasó la línea de mis deberes prestando á vuestra causa la menor proteccion y apoyo... es necesario que el público sepa la verdad. Si de aqui á diez días, no habeis desmentido la proclama del maire de Burdeos, que me atribuye el deber de proteger la causa de los realistas, la desmentiré yo mismo públicamente.» Pero mientras que lord Wellington se conducia con tanta severidad, los acontecimientos de París, impulsaban á la Francia y á los aliados á derrocar completamente el Imperio.

En cuanto al duque de Berry, desengañado bien pronto de la supuesta insurreccion de Normandía que debía salirle á recibir á la ribera y conducirle en triunfo hasta las puertas de París, se quedó en el peñasco de Gersey, á

vista de la Francia, temiendo un lazo de la policia de Bonaparte, en cada nueva insinuacion de desembarco que recibia del Oeste, sosteniendo una correspondencia insignificante con los agentes subalternos del realismo en París. No salió de la isla, ni corrió á París hasta que la revolucion estuvo consumada y sentado en el trono su tio Luis XVIII.

XV.

Hemos dejado fluctuante á París, despues de la entrada de los aliados, entre los diferentes partidos que la caída irremediable, y universalmente aclamada entonces de Napoleon, dejaba á la Francia. Hemos visto al pequeño número de realistas que habia salido de las grandes familias ó de los salones literarios y liberales de la capital, reunirse en los baluartes el día de la entrada de los soberanos, pronunciarse por la vuelta de los Borbones y afanarse, sin oposicion y sin apoyo, por parte de la poblacion, igualmente desafecta al Imperio que en hacer creer en su fuerza á los estrangeros por la energía de su entusiasmo. Despues, cada hora fueron adquiriendo mas consistencia y audacia. París y la Francia se encontraban en uno de esos momentos de postracion y de fluctuaciones, frecuentes en la vida de las naciones, en que algunas manos activas, intrépidas y concertadas, bastan para imprimir un impulso inesperado y general á las cosas.

Mr. de Talleyrand; el abate Luis; el abate de Pradt, arzobispo de Malinas, capellan del emperador, adulator, luego insultador de aquella fortuna, carácter ingenioso, turbulento, y que en su versatilidad no se respetaba á sí mismo; Mr. de Vitrolles; el duque de Alberg; Mr. de Jancourt; los propietarios del *Diario de los Debates*; Laborie; insaciable de intrigas; los dos Bertin, ami-

gos de Mr. de Chateaubriand, habituados desde 1789 á las peripecias revolucionarias, y de una superioridad de táctica y de talento que les hacía unos verdaderos hombres de Estado de la opinion; el abate de Montesquion; el mismo Mr. de Chateaubriand, que con una página hacía inclinarse entonces al destino; Mateo de Montmorency, gran nombre y grande alma; Sosthene de la Rochefoucauld, su yerno, adicto hasta la pasion; todo el partido de Mad. de Stael; algunos gefes del partido republicano que habian sobrevivido á la tirania en el Senado; la jóven aristocracia, y la jóven literatura, ansiosas de precipitarse con la impetuosidad de la edad y de la sangre en las novedades con nombres antiguos; y en fin, el partido siempre madrugador de los hombres que miran de qué parte sopla el viento y que se apoderan de las primeras horas de un reinado para ocupar las avenidas del favor y del poder, eran los principales motores del movimiento favorable á la restauracion.

Sin embargo, dos campos se divisaban ya en el partido realista; el de los que querian llamar á los Borbones como amos, y el de los que querian admitirlos con condiciones y obligarles á que asociasen á su reinado á los hombres del Imperio, el Senado y los principales constitucionales, para que su regreso no fuese ni la ruina de su fortuna política, ni la apostasia de la revolucion.

XVI.

Este último partido, que dirigia Mr. de Talleyrand y al que conseguia hacer que se inclinase el emperador Alejandro, contenia de intento el impulso de la opinion realista, y negociaba. unas veces abierta y otras secretamente con Luis XVIII, que todavía estaba en Hartwell, para obtener de él garantías y concesiones. Se apoyaba

en la sombra de aquel Senado, arruinado de antemano en el espíritu de la nacion, y que en vano se esforzaba en conquistar un poco de aprecio, interponiéndose, como representante de las libertades que habia vendido, entre el monarca y el pueblo. Era demasiado evidente que no representaba mas que su propia ambicion, y todas las ignominiosas bajezas del reinado de Napoleon. La hipocresía del Senado en aquel momento supremo no era mas que otra bajeza que le envilecia en vez de popularizarle en el pais. La constitucion que reclamaba como condicion del llamamiento de los Borbones, no era mas que la estipulacion de sus sueldos y honores. Habia vendido la libertad y queria volverla á vender: el pueblo no se engañaba. Solo cuatro ó cinco grandes caracteres se habian hecho en aquel cuerpo superiores á la corrupcion general, y procuraban encontrar entre las ruinas del imperio, algunos cimientos de la antigua libertad.

XVII.

El Senado preparó en algunos comités, las bases de la declaracion de principios que queria hacer aceptar preliminarmente á todo gobierno, todavía no nombraba á los Borbones. Quería antes de nombrarlos, que Luis XVIII se explicase y declarase con qué títulos y condiciones reivindicaba el trono. El abate de Montesquion, comisario confidencial de aquel príncipe en el Senado y en el gobierno provisional, insistía en que los senadores reconociesen desde luego al rey. Mr. de Talleyrand fluctuaba, daba palabras á los dos partidos, aconsejaba resistencias á estos, concesiones á aquellos y era necesario á todos. En comunicacion diaria con los senadores, en correspondencia secreta con Hartwell, en relaciones mas mesuradas con el conde de Artois en Nancy, por medio de Mr. de Vitro-

lles, en intimidad con el emperador Alejandro, con Pozzo di Borgo, Mr. de Nesselrode y Mr. de Metternich; arrastrado por los acontecimientos y variando con las horas solo era fiel á un interés, el de su importancia y su porvenir. La narracion de aquellos días que trascurrieron en París entre la caída de Napoleon y la entrada de los Borbones, no seria otra cosa que la narracion de las fluctuaciones de aquella larga y fastidiosa intriga para hacer creer á los Borbones que el Senado tenia el poder de conceder el imperio, y al Senado que los Borbones entraban en composicion con él. Nada de todo esto, era cierto. Los Borbones tenian que transigir para ser duraderos con el espíritu del siglo, que salia joven ó impaciente de entre los restos del derrocado despotismo. Pero un movimiento irresistible impelia á la Francia hácia ellos por el sentimiento de su necesidad. No dependia del Senado el detener aquel movimiento, como tampoco dependia de Mr. de Talleyrand el acelerarle. Napoleon era la antipatia de la Europa, la república era el terror de las aristocracias y de los tronos, la regencia de Maria Luisa era la tela del Austria. El duque Orleans, desconocido entonces, era una usurpacion de familia, la mas sospechosa y peligrosa de todas las usurpaciones para las dinastías. La particion de la Francia era el crimen contra las nacionalidades, un crimen imposible. La necesidad de paz, la impaciencia de librar al territorio de la ocupacion estrangera, el disgusto de la gloria, la aniquilacion de la riqueza y de la poblacion, la influencia de los gabinetes estrangeros que no encontraban serias garantías de reconciliacion sino en los príncipes legítimos, la imposibilidad de dejar indefenso un pueblo conquistado, los recuerdos, los terrores y las esperanzas, todo conducia á la Francia política á la restauracion. El ejército no resistia, y sus gefes adoptaban á los nuevos príncipes. Los hombres se vanaglorian de la obra de Dios, cuando pretenden haber creado semejantes movimientos. No hacen mas que se-

guirlos: la accion individual desaparece en esas grandes impulsiones instintivas de las épocas y de los pueblos. Los Borbones en 1814, podian llamarse la Providencia. Volvian hácia todos y contra todos, con el reflujó de una revolucion, que habia concluido su círculo de vicisitudes y desbordamiento.

XVIII.

Las discusiones de un pacto entre la nacion y los Borbones, entre Mr. de Montesquion y los senadores, no fueron mas que las puerilidades dogmáticas de un cuerpo que nada representaba, y de un ministro que no representaba mas que sombras. Versaron sobre el preámbulo de una revolucion que declarase, que era obra de la nacion ó el don de la corona. Por lo demas, estaban de acuerdo en la naturaleza de las instituciones de que debia rodearse la nueva monarquía. El sistema representativo dividido en dos cámaras, la libertad de cultos, del pensamiento, de discusion, que habia llegado á ser el derecho comun de las monarquías constitucionales, eran igualmente admitidos por los dos partidos. Cada uno cedió algo, no en los principios sino en los términos. Encubriéronse con la vaguedad ó la reticencia los artículos en que no estaban de acuerdo. Con auxilio de esas composiciones mútuas de Mr. de Montesquion y del Senado, éste llamó el 6 de abril, «al trono de Francia á Luis Etanislao Javier de Francia, hermano del último rey, y despues de él á los demas miembros de la familia de los Borbones segun el órden antiguo.»

Pero en la misma carta que Mr. de Montesquion dirijió á Hartwell participando al rey el acta del Senado, prevenia de antemano á aquel príncipe contra el carácter obligatorio de la constitucion que se le imponia. «Esa

constitucion, decia á su amo, no puede ser un obstáculo para vos, ¿dónde están los títulos, dónde el mandato del Senado? Publicad al entrar en Francia un real decreto y conceded vos mismo privilegios á la nacion. Tratad, no con ese Senado despreciable, sino con algunos de sus miembros accesibles á todas las promesas de ventajas personales. La nacion quiere lo antiguo.»

XIX.

Luis XVIII, con la circunspeccion que caracterizaba su política, dejaba sábiamente que se gastasen en París aquellas intrigas impotentes, seguro de antemano de recoger el fruto del cansancio general, y de dictar condiciones que su presencia prematura le hubiera obligado á consentir. Aguardaba, reflexionaba, discutia consigo mismo ó con sus favoritos, y aplazaba su ambicion. Seguro del trono, parecia gozar con su perspectiva, sin apresurarse á acercarse á él: se hacia desear como una solucion y esperar como un misterio. Sabia que la impaciencia de cada dia aumentaba su fuerza y que el impulso de la nacion hácia él, seria igual á la perplejidad en que se consumia.

XX.

Las disposiciones del conde de Artois eran enteramente contrarias. Aquel príncipe creia que era necesario sorprender á la nacion en vez de esperar. Menos inteligente que su hermano, se imaginaba que el movimiento de la Francia hácia los Borbones, era una pasion y no una razon. Se lisongeaba de que su presencia conduciría aque-

lla pasion hasta el delirio, y que conquistaria la Francia con una mirada. Los que le rodeaban y sus corresponsales de París, le mantenian en esta ilusion. Veian en él al representante de la aristocracia y de la dignidad real segun sus corazones, el príncipe de su juventud, el Carlos II de sus sueños, y el carácter incorruptible para las novedades. No consideraban á Luis XVIII mas que como un príncipe, el conde de Artois era por sí solo á sus ojos la restauracion.

Seducido aquel príncipe por las adulaciones del partido aristocrático, que le habia rodeado desde su juventud, se daba mas importancia y movimiento de la que convenia á un príncipe de segundo rango. Habia tomado, como para rejuvenecer su antiguo papel durante la emigracion, el título de lugarteniente general del reino, que Luis XVIII le dejaba por tolerancia, pero que no le habia dado. Aquel título, medio usurpado, medio concedido, atribuia al conde de Artois todas las funciones y determinaciones reales en ausencia de su hermano. Luis XVIII no veia aquella omnipotencia ejercida en su nombre y sin su consentimiento, sin recelos ni inquietud. Temia que consejos interesados y ambiciosos, hiciesen afectar al conde de Artois una autoridad sobre la opinion, que mas tarde molestaria á su propio reinado. Temia que su hermano despopularizase de antemano su regreso con algunos actos ó palabras que ofendiesen el espíritu nuevo. Confiaba en su conciencia, pero no en su talento ni en su solidez. Pero lo que temia sobre todo era que el conde de Artois fuese supeditado por las influencias eclesiásticas y su infatuacion por la nobleza emigrada. Luis XVIII sabia bastante de la Francia para comprender que la libertad de cultos y la igualdad de las condiciones eran las dos pasiones de la revolucion, que habian sobrevivido al terror y al despotismo, y que presentar á la Francia á la casa de Borbon entre un obispo reclamando los privilegios de sus altares y un noble reclamando los privilegios

de su nacimiento, era introducir dos sombras funestas en los primeros pasos de la revolución.

XXI.

Poco seguro el conde de Artois del recibimiento que tendría en París había permanecido hasta entonces en Nancy. Mr. de Talleyrand, viendo que la indecisión calculada del gobierno provisional, no podía prolongarse, y que la opinión comenzaba á quejarse de que sacrificaba los intereses de la Francia á los del Senado, abandonó secretamente la causa de aquel cuerpo, y escribió por fin por medio de Mr. de Vitrolles al conde de Artois suplicándole fuese á encargarse del gobierno en calidad de lugarteniente de su hermano. Aquel príncipe se puso en marcha al momento: atravesó la Lorena y la Champaña entre el entusiasmo de las poblaciones que veían en él un libertador y á los gritos de paz y de abolición de la conscripción y de los impuestos. En el camino recibió el proyecto de constitución votado por el Senado como condición del reconocimiento de su poder, se desdeñó de contestar á aquella acta ó discutirla. Pensó y con razón, que la desacreditada voz del Senado, sería sofocada, á su entrada en París por las reclamaciones del pueblo que reconocería en él al heredero de un trono anterior.

Cuando llegó al palacio de Livry, á las puertas de París en casa del conde Carlos Damas, uno de sus oficiales, recibió la visita de Mr. de Choiseul Gouffier enviado por Mr. de Talleyrand. Este había encargado á Mr. de Choiseul una nota del gobierno provisional, en que le indicaba con que títulos sería investido del poder al entrar en el palacio de sus padres. «Las pretensiones del Senado, decía Mr. de Talleyrand, son inadmisibles: el hermano del rey y su representante, no puede divi-

dir la autoridad con una comisión del Senado. El ejercicio puro y simple de la autoridad de lugarteniente general es peligroso. El gobierno propone que el hermano del rey sea nombrado por un decreto del Senado, jefe del gobierno provisional.» El príncipe no se detuvo por aquel compromiso, no contestó. La impaciencia de París exaltada por los realistas, de que participaba el pueblo que no comprende nunca más que las ideas sencillas, le abrió las puertas á pesar del Senado y de los escrúpulos del gobierno provisional. La multitud se precipitaba hácia Livry para ver al príncipe. Mr. de Talleyrand, el gobierno, las autoridades, las corporaciones constituidas y los mariscales se dejaban guiar por uno de esos impulsos que ninguna política puede domar y contener. El presidente del gobierno provisional recibió al príncipe en la barrera de Bondy. Las palabras que se cruzaron entre Mr. de Talleyrand y el príncipe, fueron vagas como meras congratulaciones. Nada juzgaban acerca de las condiciones propuestas entre el príncipe y el pueblo bien fuesen desechadas ó aceptadas. El conde de Artois fué recibido en calidad de Borbon y conducido á las Tullerías como á casa de sus padres.

XXII.

La alta nobleza y los principales ciudadanos de París acudieron á caballo á la barrera, para acompañar al hermano del rey. Los Damas, Luxembourg, Crillon, Mortemart, Rohan, Montmorency confundidos con los generales y mariscales del Imperio, Ney, Marmont, Oudinot, Moncey, Kellermann Nansouty, precedían ó seguían al príncipe: unos, como el mismo conde de Artois, adornados con la escarapela blanca: otros llevaban todavía la tricolor con que habían combatido. La guardia nacional á caballo, que